

FICCIÓN Y REALIDAD EN DON QUIJOTE

(Los episodios de la cueva de Montesinos y el caballo Clavileño)

Mercedes Juliá

La relación entre ficción y realidad es uno de los temas básicos en el *Quijote*. La figura del protagonista encierra en sí esa dualidad: Alonso Quijano se vuelve loco y decide ser el ente ficticio Don Quijote de la Mancha. La locura de Don Quijote consiste precisamente en confundir la vida y el arte, así cree castillo lo que los demás tienen por venta, se imagina gigantes donde hay molinos, Amadís de Gaula y Durandarte son para él personas tan reales como su sobrina o escudero. La trama misma de la obra, consistente en una serie de encuentros, se funda en la relación mencionada. Existe, sin embargo, una gran diferencia en el tratamiento de esta relación entre la Primera y la Segunda Parte de la novela.

En la Primera Parte, los encuentros entre Don Quijote y otras personas pueden concebirse principalmente como enfrentamientos entre ficción y realidad. Es decir, una persona que vive una vida ficticia y otros que viven en la realidad cotidiana.

Si bien la locura del héroe puede afectar a los seres con quienes se relaciona,¹ los encuentros de Don Quijote inicialmente tienen fines principalmente cómicos. «En 1605 —dice Ruth El Saffar— Cervantes parecía no poder desarrollar en el personaje principal una resolución de las contradicciones que dejaban suspendido a Don Quijote entre el aburrimiento respetable y la aventura excéntrica [...]. El final de la Primera Parte refleja la falta de resolución interna: Don Quijote sigue empeñado en ser un famoso caballero andante y sus amigos convencidos de su locura.»² Realidad y ficción, locura y cordura, verdad y mentira, continúan estando, al final de la Primera Parte del *Quijote*, en oposición dialéctica.

En la Segunda Parte de la novela percibimos un cambio notable. Han pasado diez años desde que Cervantes escribiera la Primera. Y esto puede apreciarse en el nivel narrativo, lo que Genette llama «récit» y en el nivel de lo narrado, el nivel «diegético». A nivel del «récit» las frecuentes intervenciones de Cide Hamete, del

1. La hija de la ventera, por ejemplo, aun sabiendo que Don Quijote es loco, se olvida, en un momento de necesidad y le pide ayuda (I, 44).

2. Ruth El Saffar, «Montesinos' Cave and The Casamiento Engañoso in the Development of Cervantes' Prose Fiction», *KRQ*, XX, 4 (1973).

traductor y del segundo autor en la narración, muestran la preocupación de Cervantes con el proceso de creación mismo, hasta el punto de poder concebir, como han sugerido Haley y otros críticos, una segunda fábula en el libro, consistente en comentarios sobre el desarrollo de la primera. En el nivel «diegético», los encuentros de Don Quijote con otras personas muestran ahora la complejidad de la realidad. El encuentro con el Caballero del Verde Gabán por ejemplo (II, 16-17), constituye una reflexión entre dos formas de vida: la vida burguesa tranquila del caballero, frente a la inquieta y aventurera de Don Quijote; y dos actitudes: cobardía y aburrimiento en aquél, y temeridad en éste. El protagonista ya no es visto como un loco frente a una sociedad cuerda, sino como una combinación de loco/cuerdo que enseña y muestra las debilidades propias y ajenas con su comportamiento y presencia. Los otros ya no son representantes de una realidad estática. La ficción vivida por Don Quijote llega a ser tan parte de la realidad como el mundo de cada uno de los seres con quienes el protagonista se relaciona. Cervantes ve la realidad como un algo incierto y complejo, por eso lo que se propone no es dar soluciones, sino mostrar la complejidad misma. Ésta se manifiesta en la novela de muchas formas. Por ejemplo yuxtaponiendo espacios distintos, o añadiendo capas de ficción: una ficción dentro de otra y de otra. No es mera casualidad el que tantas páginas de la Segunda Parte del *Quijote* se dediquen a escenas en el castillo con los duques. Los juegos con los que se entretienen y nos entretienen, desempeñan la doble función de estimular nuestra imaginación y expresar una visión peculiar del mundo. «La famosa ambigüedad cervantina —explica Francisco Ayala— nos pierde en un laberinto de espejos por el cual nos deslizamos en pos de una realidad siempre elusiva.»³ Seguidamente analizaremos dos episodios: el de la cueva de Montesinos (II, 22-23), y el del caballo Clavileño (II, 36-42), para entender lo anterior con mayor claridad.

En el episodio de la cueva, la duda del mismo Don Quijote sobre si es ficción, realidad o sueño lo experimentado, pone de manifiesto la relatividad de la realidad. En el episodio de Clavileño, la inclusión del sueño de Sancho en el mundo ficticio creado por los duques, añade mayor complejidad.

La experiencia en la cueva es vivida y narrada por Don Quijote, que es el único que baja a ella. Lo que cuenta es claramente producto de su imaginación, pues los personajes con los que entabla conversación son entes ficticios. Sin embargo lo que ha visto allí es enigmático porque Don Quijote seriamente se preocupa y duda de si ha ocurrido o no. La experiencia fue un sueño, pero el protagonista está convencido de haberlo vivido. Durante toda su vida le preocupará este asunto y el lector acabará del mismo modo sintiendo el enigma.

Dice Don Quijote: «estando en la cueva [...] me asaltó un sueño profundísimo; y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél [...]. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto, con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, o alguna fantasma vana y contrahecha, pero el tacto,

3. Francisco Ayala, «La técnica de la composición en Cervantes», en *Cervantes y Quevedo*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora» (II, 23, p. 751).⁴

El sueño es tan realidad para Don Quijote como el contarlo. La sensación de creer estar despierto cuando se está dormido es algo que posiblemente todas las personas hayan tenido. Tema sin solución, favorito de los filósofos, nunca sabrá el hombre si duerme o está despierto, y podría ser, como Calderón, Unamuno y tantos otros han sugerido, que vivir es sólo soñar.

Según Don Quijote, él estuvo en la cueva tres días con sus noches; para el primo y Sancho sólo pasó media hora. Esta discrepancia en el tiempo muestra, más que conflicto, la relatividad del concepto. El tiempo es sólo una medida que depende de la percepción del que lo experimenta.

El espacio es igualmente subjetivo. A los dos espacios físicos: el de la cueva, y el de afuera, se añade el espacio de la imaginación, en el que Don Quijote habla con Montesinos y ve a Dulcinea. Son estos tres espacios, recintos de tres realidades distintas: la que vive Sancho y el primo; la de Don Quijote dormido en un rincón de la cueva, y la de Don Quijote paseando por el mundo encantado y conversando con personajes míticos. La ficción y el sueño se integran a la realidad individual y las realidades individuales constituyen un universo mayor.

Pero hay más. Don Quijote baja a los abismos; bajada simbólica a los infiernos (a la cueva se la llama «caverna espantosa» e «infierno»). Sin embargo lo que experimenta en el infierno es el paraíso. El protagonista se encuentra en el «más bello, ameno y deleitoso prado». Sancho, al bajar Don Quijote a la cueva, canta lo que se conoce por el nombre de planto, una especie de letanía que se le ofrece a los que han muerto (p. 749). Don Quijote, empero, en lugar de muerte conoce la vida. Por eso al despertarse del sueño, siente que ha dejado «la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado» (p. 749). Dos espacios opuestos, el del cielo y el del infierno, unidos aquí en una experiencia única, la de la vida que es a su vez muerte, y que se experimenta en el sueño, o sea en la vida de la imaginación.

Esta visión del mundo está presentada en la novela de la forma más sencilla y plausible por dos puntos de vista. Para Sancho, la cueva es muerte e infierno; para Don Quijote, es vida y paraíso. Lo interesante es que al lector se le pide casi sin que se dé cuenta que acepte ambas interpretaciones. La versión de Sancho es la que el lector comparte al comienzo; pero la de Don Quijote llegará a ser aceptada también, al comprender, a medida que la historia progresa, que ésta no es una invención del protagonista, como otras anteriores, sino que constituye una visión mística fuera de su control. Al aceptar el lector sendos puntos de vista, su visión del mundo adquiere mayor riqueza, complejidad y sutileza, pues lo que se implica con ello es lo que artistas modernos como Walt Whitman y Juan Ramón Jiménez han intuido: que la muerte no es sino parte de la vida; y el infierno otro aspecto del paraíso.

Durante todo este episodio Sancho ha sido mero espectador que no ha creído nada de lo contado por Don Quijote (sobre todo cuando éste mencionó que había

4. Todas las citas del *Quijote* están tomadas de la edición de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1980.

visto a Dulcinea encantada y vestida de pastora como en el cuento inventado por Sancho anteriormente). En el episodio del caballo Clavileño será Sancho el creador de una ficción; una historia vivida sólo por él.

Don Quijote se interna en la cueva en plena luz del día (dos de la tarde). Sancho, en la oscuridad de la noche, subirá o creará subir a las regiones celestes. Dos espacios distintos, uno cerrado — el de la cueva—, otro abierto —el de la inmensidad—, pero con propiedades similares: la oscuridad. A la oscuridad del cielo se añaden además unas vendas negras que llevan ajustadas a los ojos, y que sinecdóquicamente expresan lo limitado de la condición humana. También puede ser metáfora del espacio onírico donde no se necesita luz solar para imaginar, ver y sentir.

La experiencia de Sancho, aunque distinta a la de Don Quijote, tiene resultados casi idénticos. Sancho sube hacia las nubes, pero cree bajar a los abismos (II, 41, pp. 888-889). Para el escudero la subida simbólica hacia los cielos representa una bajada a los infiernos. Así dice: «Tápenme [...] y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, qué mucho que tema no ande por ahí alguna región de diablos...» (II, 41, p. 889). Sancho se duerme y sueña que vive en el paraíso. Aunque la gloria en los dos episodios que analizamos es soñada, la sensación de bienestar y el desengaño sentido al despertar por ambos personajes son auténticos.

En la historia de Clavileño tenemos dos versiones: la del narrador que cuenta los hechos externos y la de Sancho que relata su experiencia sobre el caballo. En algunos puntos estas dos historias no coinciden. Por ejemplo, según el narrador, Sancho está en todo momento agarrado a Don Quijote y subido en el caballo. Según Sancho, éste se apea del caballo y se pasea por el cielo. Dos versiones distintas y ambas aceptables, pues aunque Sancho parece estar bromeando al comienzo, más tarde es obvio que no miente. Tenemos la certeza de ello cuando conocemos que Sancho ha tenido una visión de la vida de la que ha salido desengañado, hasta el punto de no importarle ser gobernador. «Después que bajé del cielo —dice Sancho— y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza? [...] si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo» (II, 42, pp. 895-896).

Como la experiencia en la cueva de Montesinos, el sueño de Sancho constituye, mientras dura, su única realidad. En este episodio, sin embargo, Cervantes ha complicado las cosas aún más. Al despertar Sancho, la realidad que comparte con Don Quijote no es más que otra ficción: una representación planeada de antemano por unos duques poderosos, para su entretenimiento.

Si el peregrinaje a la cueva fue concebido por Don Quijote que quiso ir a visitarla, la aventura en Clavileño ha sido dispuesta por unos duques que quieren burlarse especialmente de Sancho, pues Sancho debe ir con Don Quijote en el caballo volador a desencantar a un grupo de dueñas (a las que detesta). La inclusión de un plano ficticio adicional abre toda una serie de preguntas y posibilida-

des ausentes en la experiencia de la cueva. Antes que Sancho y Don Quijote «vuelen» en el caballo, aparece el grupo de dueñas en procesión, todas vestidas de negro, con la Trifaldi en el centro. Visión reminiscente de otra que Don Quijote tuvo dentro de la cueva, cuando vio pasar una procesión de dueñas vestidas de negro acompañando a Belerma. Sancho, que antes no había creído la historia contada por Don Quijote, la creará ahora al ver esta procesión formando parte del mundo que él considera realidad común.

En la cueva la ficción fue parte del mundo onírico del personaje, ahora es planeada por otros y representada por los mismos. Dos tipos de ficción: la creada en la imaginación propia y la creada en la ajena, que aun perteneciendo a espacios distintos, producen efectos muy parecidos. Otra vez parece sugerirse que no existe mucha diferencia entre la vida imaginada y la vivida, y que ambas son distintos aspectos de una misma realidad.

El mundo ficticio inventado por los duques y su mayordomo es un teatro donde Don Quijote y Sancho representan lo que ellos consideran su realidad. Su mundo no es más que un escenario donde las experiencias han sido determinadas de antemano. Son títeres, cuyas cuerdas están siendo movidas por otros seres más poderosos que ellos, aunque ellos no perciban este ardid. A la posibilidad antes comentada de la vida como sueño, se añade ahora la idea de un Ser supremo regidor y planeador de las acciones humanas, pues los duques en un nivel paródico representan el poder divino.

Visto en este contexto, el sueño de Sancho sobre Clavileño indica muy sutilmente el papel desempeñado por el determinismo y el libre albedrío en la vida humana. Los duques planean una aventura para Sancho y Don Quijote que consiste en montarse en un caballo «volador», taparse los ojos con vendas y volar. La reacción de los personajes ante la aventura misma es algo que se escapa a los planes de los duques: el sueño de Sancho y la actitud de Don Quijote son imprevisibles de antemano, y de ahí proviene la sorpresa y el deleite que obtienen los duques con estas aventuras. Igualmente el individuo puede ejercer su voluntad y encauzar la vida a pesar de las circunstancias.

De las tensiones dialécticas encontradas en la Primera Parte del libro, hemos pasado, casi sin notararlo, a una visión multiforme de la realidad, donde distintos mundos (el de la imaginación y el de nuestra experiencia individual) coexisten. La locura de Don Quijote se ha extendido. Ya no se sabe quién es más loco, si él o los que a su alrededor hacen disparates para divertirse. La línea divisoria entre ficción y realidad se ha borrado. Los duques crean una ficción que para Don Quijote y Sancho es realidad. Y estos duques que se consideran superiores burlándose de todos, son burlados también. Los inventores de una ficción (las escenas en el castillo), son a su vez inventados en otra (la historia de Don Quijote); y nosotros, lectores que examinamos desde otro plano lo que ocurre, ¿somos a la vez regidos por fuerzas superiores que no conocemos? Nos deleitamos al leer el *Quijote*, aun inquietándonos la posibilidad de estar, como los duques, en una trampa.

En el *Quijote*, mentiras y veras, locura y cordura, ficción y realidad se funden en un mundo relativo y orgánico que parece escaparse al limitado entendimiento humano.